

30 de Marzo 2025 - IV Domingo de Cuaresma (C)

Para leer las lecturas, mira: [aquí](#).

Homilía de Padre Sirba:

En el Santo Evangelio de hoy, escuchamos la hermosa Parábola del Hijo Pródigo. Y, como en cualquier parábola, siempre hay un mensaje detrás de la historia, también hay un mensaje para nosotros en la Parábola del Hijo Pródigo.

De hecho, esta parábola fue la respuesta de nuestro Señor a los fariseos y escribas, quienes se autoproclamaban siervos de Dios. Estos hombres habían venido a escuchar a Jesús y quedaron horrorizados por lo que vieron; les horrorizó que nuestro Señor tuviera algo que ver con los recaudadores de impuestos y pecadores que se reunían a su alrededor para escuchar cada palabra suya. Así, Jesús usó esta parábola para explicar la gran misericordia de Dios y su amor por los pecadores. En esta historia, el Padre representa a Dios. El hijo menor representa a los pecadores y el hijo mayor representa a los fariseos y escribas.

La parábola comienza con un hombre que tiene dos hijos, y sabemos que era un terrateniente adinerado porque tenía muchos sirvientes.

Ahora bien, el hijo menor acudió a su padre y le exigió que recibiera su parte de la herencia. Según la costumbre judía, esta habría sido un tercio de los bienes. El hermano mayor debería recibir dos tercios. Es cierto que el padre podría haber dividido sus bienes antes de morir, pero eso no era lo normal. Por lo tanto, la petición del hijo menor en este caso era inusual. Sin embargo, el padre accedió a la petición de su hijo.

Así que, cuando el hijo menor recibió su merecido, dejó la casa paterna y se fue a otro país, donde malgastó todo su dinero en fiestas, prostitutas y vino.

Este hijo no solo era codicioso, perezoso e irrespetuoso, sino también pródigo. Es decir, derrochador y extravagante. Era de los que invitaban a todos a una ronda de copas en el bar y tiraban el dinero a la basura.

Sin embargo, llegó un momento en que se quedó sin dinero. Fue entonces cuando todos sus supuestos amigos lo abandonaron. Además, se nos dice que una hambruna azotó la tierra y la comida era carísima. Así que este hombre vago no solo se vio obligado a trabajar solo para comer, sino que el único trabajo que pudo encontrar fue alimentar cerdos. Para un judío, no había casi nada más humillante. Los cerdos eran animales impuros. Los rabinos tenían un dicho: «Maldito el hombre que cría cerdos».

No solo eso, sino que a cambio de su trabajo, solo recibía cáscaras de algarrobo para comer. Eso era alimento para animales. En nuestros tiempos, sería como si alguien se viera obligado a comer comida de perro para sobrevivir.

Antes de todo esto, el hombre nunca había pasado necesidad. Era rico, pero ahora no tenía nada. Al pensar en esto, se dio cuenta de que había arruinado su vida. Había insultado a su padre; había malgastado todo su dinero, y ahora estaba en un país lejano donde a nadie le importaba si vivía o moría. En su humillación y vergüenza, comenzó a pensar en su hogar, su padre, su familia y la vida que había abandonado.

Por fin, decidió volver a casa, pero también se dio cuenta de que no podía simplemente regresar como hijo. Al reflexionar sobre lo que había hecho, cometió un acto muy duro. Fue muy honesto con sí mismo y admitió su error. Así que decidió regresar como esclavo a trabajar en las tierras de su padre.

Durante el viaje de regreso, repasó una y otra vez un breve discurso que había inventado. Decía así: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo. Recíbeme como a uno de tus trabajadores».

Sin embargo, mientras iba por el camino, y antes de siquiera acercarse a la casa, su padre lo vio. Entonces el anciano se levantó y corrió hacia su hijo, el hijo por el que había renunciado y que él pensó que estaba muerto. Lo abrazó, lo besó y lloró de alegría.

Ahora el hijo estaba aún más avergonzado y comenzó su breve discurso: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo....». Pero su padre no quiso ni oír hablar de ello; no lo dejó terminar.

Al ver su ropa raída, el padre ordenó a sus sirvientes que trajeran la túnica más fina, zapatos nuevos y un hermoso anillo. También ordenó que mataran al becerro gordo y que prepararan un banquete. Con lágrimas en los ojos, el padre les dijo a todos: «Comamos y hagamos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado».

Ahora bien, cuando el hijo mayor (que representa a los fariseos en esta historia) vio todo esto, se enojó mucho. Cuestionó las acciones de su padre. Dijo: “¡Hace tanto tiempo que te sirvo, sin desobedecer jamás una orden tuya, y tú no me has dado nunca ni un cabrito para comérmelo con mis amigos! Pero eso sí, viene ese *hijo tuyo*, que despilfarró tus bienes con malas mujeres, y tú mandas matar el becerro gordo” — nótese que no se refiere al suyo como su hermano —.

En respuesta, el padre dijo: «Hijo, tú siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo. Pero era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado' ».

Esta enseñanza de Jesús es una hermosa ilustración de la misericordia de Dios. ¡Qué maravilloso ejemplo de su amor! Incluso ante el insulto, la arrogancia y el orgullo, se nos dice que Dios está dispuesto a perdonar nuestros pecados cuando le pedimos humildemente su perdón.

Una vez conocí a un sacerdote que dijo que esta parábola tenía un nombre erróneo. Dijo que en realidad debería llamarse la parábola del padre pródigo, porque era el padre más generoso y bondadoso.

En el hijo vemos a un hombre sin respeto e ingrato. Vemos a alguien que solo se preocupaba por sí mismo y por nadie más. Sin embargo, cuando este hijo recobró la cordura y regresó a casa, apenas tuvo tiempo de disculparse antes de que su padre le diera la posición que tenía antes.

¡Cuán rica es la misericordia de Dios! ¡Con cuánta generosidad concede su perdón a quienes lo piden! Debemos recordar que nada mal de lo que hayamos hecho está fuera del alcance de la misericordia de Dios. Dios nunca se negará a perdonar, siempre que nos arrepintamos y nos decidamos a enmendar nuestras vidas. Ese es el mensaje de esta parábola.

Ahora, en medio de la Cuaresma, es un buen momento para ser honestos con Dios. Es un buen momento para seguir el ejemplo del hijo pródigo que le confesó a su padre que había pecado. Nosotros también deberíamos hacer lo mismo y confesar nuestros pecados en el gran Sacramento de la Penitencia y la Reconciliación. Permítanme, pues, algunas observaciones sobre este Sacramento.

La confesión forma parte de nuestra fe y práctica católica. La confesión proviene de Jesús, y es en este Sacramento que recibimos su misericordia. En la confesión, somos como el hijo pródigo que humildemente se acercó a su padre y le pidió perdón. Cuando nos acercamos a Dios de esta manera, Dios nos perdona y nos restaura a esa "nueva creación" en Cristo en la que nos convertimos al ser bautizados.

Cuando confesamos tenemos que ser honestos con Dios. Supongamos por un momento que el hijo pródigo hubiera regresado a casa y, en lugar de pedir perdón, hubiera actuado como si nada hubiera pasado. Supongamos que hubiera pasado por el camino y, al encontrarse con su padre, le hubiera preguntado: "Hola papá, ¿qué hay para cenar?". Si así fuera, el hijo mayor habría tenido toda la razón en sus opiniones sobre su hermano.

Así que la confesión se trata de honestidad; se trata de nuestra relación con Dios. Se trata de la verdad en la publicidad. Cuando nos confesamos decimos: "Perdóname padre porque he pecado ...". Al hacerlo, simplemente somos honestos con nosotros mismos y con Dios. Por otro lado, alguien que peca y no se confiesa sería como el hijo que regresa a casa tan arrogante y grosero como cuando se fue.